

Comentario de música

Reichel-Quinteros: dupla triunfal

Mario Córdova



El programa de cuatro obras que comandó el director chileno Helmuth Reichel frente a la Orquesta Filarmónica de Santiago el año pasado fue un suceso memorable, que tuvo como gran momento la participación del pianista Danor Quinteros como solista de la "Rhapsody in blue" de George Gershwin. La cresta de la ola exhibe hoy muchos éxitos de este artista premiado nacional.

La dupla volvió a juntarse en el reciente programa de esa orquesta, nuevamente de repertorio sigloveintero, ahora entregando una magnífica versión, que sacó chispas, del Concierto para piano de Maurice Ravel en el Teatro Municipal.

Plagada de contrastes anímicos, con vertiginosos momentos orquestales y para el teclado, junto a remedos jazzísticos, la interpretación de esta obra tan única marcó el más feliz de los reencuentros de estos talentos chilenos. Uno, descollante tanto en su agilidad virtuosística de dedajes atómicos como en su vuelco a sensibilidades contemplativas de hondo lirismo; el



Grandes artistas, nuevamente juntos.

otro, dirigiendo con máxima autoridad un tránsito musical de diverso entramado, nada de ajeno a las vías serpenteantes, encrispadas e hipervitaminizadas. La pareja se convirtió en uno solo, triunfante.

Dando comienzo a la jornada, Ravel también estuvo con la segunda suite de la música de su ballet "Dafnis y Cloé". Sin la participación del coro murmurante que demanda la partitura original completa,

la excelente versión ofrecida por Reichel se fortaleció por un magnetismo mágico que avanzó atrapando cada vez más a la audiencia. Así, el sugerente comienzo inundado de esas sensualidades ravelianas tan propias de su discurso impresionista mostró a una Filarmónica absolutamente diestra y despierta, capaz de cabalgar sin tropiezos, a toda marcha, hacia el exultante final en que el paroxismo musical parece no tener límites.

El plato de foto, la música del ballet "Petrushka" de Stravinsky, elevó a Reichel a un momento de gloria. Sirviendo una obra que bien puede asociarse a una vertiginosa montaña rusa por sus infinitas alzas y bajas de ritmos, sonoridades, intensidades e irrupciones melódicas tan variadas, su batuta mostró un manejo y dominio admirable. Siempre teniendo bajo su control absoluto un discurso musical de complejo tejido, Reichel recibió un grande y muy logrado abanico de respuestas de los dirigidos. La Filarmónica sonó ágil y brillante, como pocas veces. El director quedó como Rey-Reichel, en el trono de los campeones.

JUAN MILLÁN